

sobre él le preguntó, tuteándole, sin pensarlo y sin ruborizarse:

—¿Qué tienes?

El irguió la cabeza; una postrer llamada del crepúsculo pareció encender y divinizar los rasgos de su hermosa fisonomía, animando con extraño fuego sus ojos é incendiando en pavesas su rubia cabellera.

Sus labios se abultaron para dar paso á la voz y balbuceó:

—¡Nada!

—¿Qué tienes? ¿por qué eres así?—

quieren las demás mujeres y por eso me ves con desprecio... con repugnancia.

Sí, sí, confíesalo, con repugnancia; pero no me veas á mí, no veas mi figura... óyeme; mejor, oye á los divinos maestros que me permiten que los interprete!

Hay otros goces superiores á los que tú conoces. Házlo por sensualidad, conviértete hacia el arte y haz el bien; ¡verás qué placeres! ¡Mira ese crepúsculo!

Su voz, que había sido durante todo ese desgarrador monólogo como una cadena de sollozos, tuvo una entonación



UNA MUJER POBRE Y FEA QUE SE SUICIDA.....

insistió ella.—¿Por qué eres malo?.... Eres hermoso, rico, nada te falta para ser feliz, y sin embargo, te pasas días y días arisco y amodorrado como un viejo consumido por los vicios.... ¡Ay! es que te arrastras demasiado por el suelo; es que nunca levantas tus miradas á los cielos... ¡Si tú quisieras! ¡La música te puede dar las alas que te faltan.... Procura oír.... Procura comprender. Yo te guiaré poco á poco; seré tu hermana mayor. ¡Verás qué hermosos países descubrimos! Tú te has pensado que yo te quiero como te

triunfal y victoriosa al decir: ¡mira ese crepúsculo! como si esperase que el solemne espectáculo de la muerte del sol fuese á desgarrar de improviso los densos velos que cegaban el espíritu de Alfonso.

Una pompa roja y mortecina avivada aquí y allí por toques de oro aparecía á través de los raquíticos árboles del jardín, inflamando el cielo en una profundísima tristeza cárdena. Dos golondrinas pasaron rasando la ventana.

El mancebo, que había escuchado soñoliento el extraviado hablar de la maes-